

Montevideo, 29 de noviembre de 2013



Universidad de la República Facultad de Psicología

Ciclo de Graduación
Trabajo Final de Grado
Monografía
Tutora: Flora Singer

“El cuerpo desde el Psicoanálisis”

Miguel Ernesto Pérez Campelo
C.I. 4.475.892-2

Resumen

En la historia del pensamiento humano puede rastrearse el dualismo mente-cuerpo o materia-esencia hasta la antigua Grecia. Encontramos luego en René Descartes a su mayor representante, considerado incluso como el fundador del “problema mente-cuerpo” en el pensamiento occidental.

Las preguntas disparadoras de este trabajo fueron: ¿En Psicoanálisis, que supone hablar del “cuerpo”? ¿Qué concepción de “cuerpo” se encuentra detrás de las distintas teorías y conceptos psicoanalíticos? En fin, ¿cómo se enfrenta desde el Psicoanálisis el dualismo mente-cuerpo?.

En este trabajo me propuse exponer ciertas obras psicoanalíticas que pueden ayudar en la búsqueda de esas respuestas. Considere menester partir desde los orígenes, junto a la obra de Sigmund Freud, para detenerme luego, por diversos motivos, en las elaboraciones de Jacques Lacan y Françoise Dolto.

Palabras clave: Cuerpo, Psicoanálisis.

Introducción

En la historia del pensamiento humano puede rastrearse el dualismo mente-cuerpo o materia-esencia hasta la antigua Grecia. Para los griegos la “*psique*” estaba unida al cuerpo (“*soma*”) en vida y se desligaba de éste tras la muerte.

Ese dualismo es producto de una diferencia aparente, casi intuitiva, entre esas dos “realidades”. Es el que permite la creencia en el alma o el espíritu, base de las más importantes religiones.

En 1641 René Descartes en sus *Meditaciones* diferenció al “cuerpo” del “alma” (a la que también se refirió como “mente”), convirtiéndose este dualismo, a partir de él, en una de las bases del pensamiento occidental. La diferencia fundamental para Descartes era que la esencia del cuerpo es su extensión espacial, que corresponde a la dimensión física, mientras que el alma no tiene extensión, su esencia es el pensamiento. Dividía así la realidad entre las cosas que tienen una extensión física, “Res Extensa”, y las cosas que piensan, “Res Cogitans”.

Luego Descartes se propuso comprender cómo se relacionaban el alma y el cuerpo, lo que lo convirtió en uno de los precursores de la teoría del reflejo. Lo importante es destacar la diferenciación realizada entre cuerpo y mente, considerándolas dos entidades excluyentes. Llegó incluso a creer que la interacción entre mente y cuerpo se daba mediante la glándula pineal, debido a la creencia errada

de que ese órgano sólo existía en la especie humana, y por el hecho de que es el único órgano que no está duplicado bilateralmente en el cerebro.

Este dualismo marcó la historia de las ciencias, sin ir más lejos, en su división entre ciencias naturales y ciencias humanas.

Pero ciertas problemáticas no permitieron sostener la idea de un dualismo mente-cuerpo comprendidos como dos entidades excluyentes, por ejemplo: las parálisis histéricas o el fenómeno del “miembro fantasma” en personas que han sufrido la amputación de un miembro.

Estas problemáticas introdujeron la necesidad de comprender qué vínculo existe entre nuestro cuerpo y nuestra mente, o quizás, hasta qué punto en nuestro “ser” esas dos dimensiones conforman un todo indivisible.

En Psicología, según las distintas escuelas teóricas, se ha enfrentado el problema del dualismo cuerpo-mente de distintas maneras. El Conductismo, por ejemplo, pretendió sortearlo prestando su atención a la conducta, al comportamiento observable.

En el Psicoanálisis encontramos distintas construcciones teóricas, de distintos autores, que enfrentan de manera muy interesante el dualismo. Aunque se considere muchas veces al Psicoanálisis sólo como una teoría de la mente, es también una teoría del cuerpo. Una teoría del cuerpo en tanto que la constitución de nuestro psiquismo está directamente vinculada a nuestras experiencias corporales y físicas, y éstas están marcadas también por nuestra dimensión psíquica, por nuestra subjetividad.

Expondré en este trabajo algunas de las elaboraciones teóricas que el Psicoanálisis nos ha brindado acerca de ese asunto.

En el entendido de que no existe “un Psicoanálisis”, sino “muchos psicoanálisis”, comenzaré mi exposición partiendo desde sus orígenes en la obra de Sigmund Freud, y desde allí derivaré hacia otros autores. Me centraré para lograr mi cometido en aquellas obras que versan directamente sobre el cuerpo, pero reconociendo que la dimensión corporal de la experiencia humana se encuentra presente en casi toda obra psicoanalítica.

Desarrollo

Concepción del cuerpo en la obra de Sigmund Freud

El Psicoanálisis se ha interesado por la problemática del cuerpo desde sus comienzos, desde la obra del mismo Sigmund Freud.

Ya en el estudio de las parálisis histéricas podemos encontrar una noción de cuerpo que incluye, necesariamente, a la representación psíquica que el sujeto tiene del mismo.

Estudio de las parálisis histéricas

Freud consideró a los síntomas histéricos como la presencia de un conflicto psíquico inconsciente (generado por un episodio histórico traumático) manifestado en el cuerpo. Podríamos decir que se encontró con la palabra “hecha cuerpo”, la palabra (lo que no puede ser dicho) convertida en padecimiento físico. Aparece así el síntoma en relación directa con el conflicto psíquico inconsciente. El síntoma fue definido por Freud, en determinado momento, como “*la práctica sexual de los enfermos*” (Freud, 1905/2000 p.148) en el entendido de que correspondía a un conflicto inconsciente vinculado con la sexualidad.

Descubrió que estos padecimientos no podían explicarse como aflicciones orgánicas, ya que no respetaban la anatomía, sino que la segmentación del cuerpo respondía a la manera en que el lenguaje construye sus representaciones del mismo.

Podríamos decir que el cuerpo, en la histeria, aparece supeditado al lenguaje. “*Toma los órganos en el sentido vulgar, popular, del nombre que llevan (...) como si la anatomía no existiera, o como si no tuviera noticia alguna de ella*” (Freud, 1893/2000 p. 206)

Es a esto a lo que Jaques Lacan llamó “Anti-anatomisme du symptome hystérique”.

Noción del cuerpo fragmentado

Luego, si consideramos la obra “Tres ensayos de una teoría sexual” (1905), reconocemos nuevamente una noción del cuerpo desde la perspectiva freudiana.

Esta noción se encuentra referida a las “partes del cuerpo”. Esta conceptualización del cuerpo parcializado contrasta con la idea de “un cuerpo”, es decir, un cuerpo visto como un todo singular y propio.

El cuerpo se encuentra fragmentado debido a la libidinización (que causa el recorrido de las pulsiones parciales) de las distintas zonas erógenas.

La pulsión es, definida por Freud, como *“un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma”* (Freud, 1915/2000 p. 108)

Podríamos considerar a la pulsión como el elemento clave que permite el pasaje de lo biológico a lo psíquico, entendida ésta como un empuje inevitable al que accedemos, únicamente, a través de sus representantes libidinales, como los afectos.

Será por lo tanto la distribución libidinal, como momento de inscripción, la que hará del cuerpo del recién nacido un ser erógeno. Y será a esas partes del cuerpo erogeneizadas a las que se abocará el autoerotismo.

Importancia del narcisismo

Como veremos a continuación, es el concepto de narcisismo el que explica, desde la perspectiva psicoanalítica freudiana, el pasaje del cuerpo fragmentado, parcializado, al cuerpo como un todo.

Freud menciona por primera vez al narcisismo en 1910 para explicar la elección de objeto en los homosexuales: *“(...) se toman a sí mismos como objeto sexual; parten del narcisismo y buscan jóvenes que se les parezcan para poder amarlos como su madre los amó a ellos”*. (Laplanche & Pontalis, 1996 p.228). Veremos luego que las consecuencias teóricas del descubrimiento del narcisismo aparecerán también en 1911 en el caso Schreber

La introducción formal de este concepto se dio a partir de 1914, con la obra “Introducción al narcisismo”.

Freud decide comenzar su desarrollo sobre el narcisismo compartiendo las palabras de Näcke: *“conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual, vale decir: lo mira con complacencia sexual, lo acaricia, lo mima, hasta que gracias a estos manejos alcanza la satisfacción plena”* (Freud, 1914/1984 p. 71).

Pero notaremos rápidamente, en la lectura de la obra en cuestión, que el narcisismo tiene un lugar en la teoría freudiana mucho más importante, más protagónico, que una mera manera de tratar al cuerpo. Esta conducta constituiría una

perversión y se remitiría al plano psicopatológico, sin embargo en la teoría freudiana el narcisismo tiene lugar en el normal desarrollo sexual del hombre.

Define Freud al narcisismo como una *“colocación de la libido, dentro del desarrollo sexual regular del hombre”*, en tanto *“complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación”* (Ibíd p. 72)

Este “complemento libidinoso” es la investidura del Yo, es decir, el Yo entendido como primer objeto de la libido. Este movimiento libidinal, mediante el cual se instaura el Yo, es también el que será responsable de unificar al cuerpo fragmentado por las pulsiones autoeróticas. Mientras que el autoerotismo concierne a aquellas partes del cuerpo erogoneizadas por la libido, el narcisismo refiere a la investidura libidinal del cuerpo en su totalidad. Podríamos, por lo tanto, considerar al narcisismo responsable de la constitución del “Yo-cuerpo”.

A diferencia del cuerpo fragmentado, que responde a la lógica pulsional de la satisfacción, este “Yo-cuerpo” responde a la lógica de la identificación.

Para darle este lugar al narcisismo en la teoría freudiana es necesario partir de un supuesto necesario acerca del Yo, y así lo expresa el autor:

“(…) un supuesto necesario es que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo, el yo tiene que ser desarrollado. Las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales, por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya” (Ibíd p.74).

La libido, a lo largo de su evolución, invertirá luego a otros objetos distintos del Yo, pero a éste no lo abandonará, diferenciándose así la libido yoica de la libido objetal.

Como mencionamos, ya en 1911 encontramos en Freud la influencia del narcisismo. Consideraba a la investidura libidinal objetal como un derivado de la inicial investidura del Yo, investidura que, aunque fuera cedida a los objetos, permanecía en cierta medida en su primera localización.

“Indagaciones recientes, nos han llamado la atención sobre un estadio en la historia evolutiva de la libido, estadio por el que se atraviesa en el camino que va desde el autoerotismo al amor de objeto (...) consiste en que el individuo empeñado en el desarrollo, y que sintetiza en una unidad sus pulsiones sexuales de actividad autoerótica, para ganar un objeto de amor se toma primero a sí mismo, a su propio cuerpo antes de pasar de éste a la elección de objeto en una persona ajena”. (Freud, 1911/2007 p.56)

Hasta la introducción del narcisismo, el Psicoanálisis se había centrado en las neurosis de transferencia y, por lo tanto, en la sexualidad. El narcisismo introducirá el otro polo del conflicto psíquico, el Yo. Lo que abrirá el paso al estudio de las psicosis y las perversiones.

El Yo ya no estará en el lugar que tenía en la primera tópica como representante de la censura y pasará a ser, él mismo, objeto de amor para la propia libido. Por ese motivo el conflicto dejara de ser planteado en la relación Yo - libido, sino que será planteado en el equilibrio entre libido yoica y libido objetal.

Luego este concepto, en su desarrollo en la teoría freudiana, sufrió la diferenciación en dos fases, narcisismo primario por un lado y narcisismo secundario por el otro.

El narcisismo primario refiere a un estado precoz, donde el recién nacido catetiza toda su libido sobre sí mismo, pero en un momento en que éste se encuentra indiferenciado de su madre, es por lo tanto “anobjetal”, es decir, previo a la diferenciación de objeto.

Será por identificación con la madre (y por lo tanto viéndose a sí mismo con la mirada de ésta) que el niño se diferenciará, momento en el cual se desarrolla el narcisismo secundario, donde parte de la libido de objeto retornará para investir al Yo. Esta imagen del Yo que ha de ser investida está constituida por las identificaciones del Yo a las imágenes de los objetos, por este motivo afirmé que el “Yo-cuerpo” responde a la lógica de la identificación.

Podríamos considerar al narcisismo primario como perteneciente al “Yo ideal”, entendido como aquel estado en que el niño, indiferenciado de su madre, se encuentra sin falta, es omnipotente y contiene todas las perfecciones.

Luego de la diferenciación del niño con su madre, y de la introducción del padre como un tercero en la relación y como agente castrador que promoverá la separación madre-hijo, se constituirá en el niño, como producto de la identificación con los padres y de la declinación del Edipo, un “ideal del Yo”, siendo este el ideal que el niño pretenderá alcanzar para recuperar el amor, la satisfacción y las perfecciones que disfrutó el “Yo ideal”.

Es necesario aclarar que estos términos no son tratados de manera unívoca en la obra freudiana, motivo por el cual han sido desarrollados luego de maneras diversas por distintos autores, y motivo por el cual me veo obligado en esta exposición a inclinarme hacia una noción particular de los mismos, reconociendo que puede (y debe) realizarse una lectura distinta de ellos.

Assoun explicará, a partir del análisis del concepto de narcisismo, el por qué de la falta de una teoría del esquema corporal en Freud:

“El problema es que el Yo devenga el Objeto mismo, algo así como el Órgano libidinal. Esto es lo que podemos designar como “cuerpo-narciso”. En Freud no hay teoría del esquema corporal, por la sencilla razón de que el cuerpo no es una función: es promovido al menos como soporte de la función narcisista” (Assoun, 1994 p.248)

Si abandonamos ahora las elaboraciones teóricas de, como diría Emilio Rodrigué, “nuestro héroe”, encontramos en Jacques Lacan una construcción teórica que es necesario tener en cuenta al pensar la noción de cuerpo desde el Psicoanálisis, y que se encuentra vinculada a los conceptos freudianos que hemos visto, es lo que Lacan ha llamado “estadio del espejo”.

Jacques Lacan y el “estadio del espejo”

Lacan comparte la vivencia fragmentada del cuerpo por parte del niño, pero considera que esta vivencia se debe fundamentalmente a la *“insuficiencia orgánica de su realidad natural”* (Lacan J. 1949/2002). Esta insuficiencia orgánica refiere al estado de desvalimiento y dependencia que caracteriza a la cría humana, entre otras cosas, por la falta de madurez de su coordinación motriz. Pero, por otra parte, esta falta se encuentra acompañada por un sistema de percepción visual más avanzado en su madurez, lo que lleva al niño a poder reconocerse en el espejo antes de poseer un control efectivo de sus movimientos corporales.

En el contexto de estas consideraciones, Lacan designa con el nombre de “estadio del espejo” al momento ubicado entre los seis y dieciocho meses, en el cual el niño puede anticipar la totalidad de su cuerpo, y el control del mismo, mediante la identificación con la imagen del semejante y por la interpretación de su imagen en el espejo.

Afirma Lacan que el niño *“a una edad en que se encuentra por poco tiempo, pero todavía un tiempo, superado en inteligencia instrumental por el chimpancé, reconoce ya sin embargo su imagen en el espejo como tal”*. (Ibíd.)

El estadio del espejo será el responsable en la teoría lacaniana del pasaje del autoerotismo al narcisismo, el pasaje del cuerpo fragmentado a la adquisición del cuerpo vivido como una Gestalt. Por lo tanto no será el narcisismo en sí mismo responsable, como lo era en la teoría freudiana, sino que éste dependerá del pasaje por la experiencia del espejo.

Lacan considera que, debido a la vivencia fragmentada del cuerpo, el niño experimenta una sensación de júbilo al reconocer su imagen reflejada, ya que esta imagen cuenta con la totalidad que el aún no vive en su propio cuerpo. Dice el autor que esto se refleja en *“una serie de gestos en los que experimenta lúdicamente la relación de los movimientos asumidos de la imagen con su medio ambiente reflejado, y de ese complejo virtual a la realidad que reproduce, o sea con su propio cuerpo y con las personas, incluso con los objetos, que se encuentran junto a él”*. (Ibíd.)

Podríamos decir que lo que lleva al niño a identificarse con la imagen especular es la angustia provocada por la sensación de fragmentación vivida y, como ha sido mencionado, por ese motivo esta experiencia será en su comienzo una experiencia de júbilo.

La identificación con la imagen especular conduce a la formación del Yo, por esa razón este estadio ha sido mencionado como el responsable del pasaje del autoerotismo al narcisismo. Sostiene Lacan: *“el yo [je] se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto”*. (Ibíd.)

Expresa Lacan que para comprender el estadio del espejo en un registro conocido, hay que considerar a la forma primordial con la que el niño se identifica como su “Yo-ideal”. Este “Yo-ideal” actúa como soporte de la identificación primaria del niño con su semejante y como fuente de las identificaciones secundarias. Para Lacan esa forma primordial *“sitúa la instancia del yo, aún desde antes de su determinación social, en una línea de ficción, irreductible para siempre por el individuo solo”* (Ibíd.)

Para el autor el narcisismo primario, constituido a partir del estadio del espejo, cuenta con dos caracteres opuestos, uno erótico y uno agresivo. Es erótico en cuanto que el niño se siente atraído por su imagen, por lo que esta representa como Gestalt, pero es agresivo en cuanto que esa imagen contrasta con la fragmentación vivida en el cuerpo real, el que se encuentra por este motivo amenazado con la eventual desintegración. Para Lacan esta característica del narcisismo, en el que conviven dos aspectos opuestos, va a subyacer en todas las formas de identificación, y por lo tanto en la dimensión imaginaria de todas las relaciones humanas.

En la teoría lacaniana existe una diferencia importante, en relación a la freudiana, en cuanto a la constitución del Yo.

Para Lacan el Yo no se constituye en un movimiento del interior al exterior, es decir, el Yo no se constituye en el interior del sujeto, sino que proviene del exterior ya que se constituye mediante la identificación con una imagen que no es el Yo si no Otro (imagen especular e imagen del semejante), por este motivo dirá Lacan que el Yo se constituye por “alienación”.

Ya lo había dicho Rimbaud:

“Yo es otro. (...) Si los viejos imbéciles hubieran descubierto del yo algo más que su significado falso, ahora no tendríamos que andar barriendo tantos millones de esqueletos que, desde tiempo infinito, han venido acumulando los productos de sus tuertas inteligencias, ¡proclamándose autores de ellos!” (Rimbaud A., 1871)

Después de Freud y de Lacan, encontramos en las ideas de Françoise Dolto un gran aporte a la noción del cuerpo, cuando introduce en la teoría la “imagen inconsciente del cuerpo”. Corresponde destacar que en Dolto el aporte teórico se encuentra particularmente sustentado por su experiencia clínica con niños. Debido a la riqueza que poseen estas ideas para pensar el cuerpo desde el Psicoanálisis, y motivado por un interés personal, les prestaré especial atención en este trabajo.

Françoise Dolto y “la imagen inconsciente del cuerpo”

El esquema corporal

Como punto de partida para comprender la perspectiva de Dolto sobre el cuerpo, es necesario comprender la diferencia entre lo que la autora llamó “esquema corporal” y lo que llamó “imagen inconsciente del cuerpo”.

Considero que para entender correctamente estos conceptos, debe considerarse su vinculación, ya que no pueden comprenderse de manera aislada. Pero por razones inevitables hay que comenzar explicando uno de ellos y así intentar que las cosas vayan cayendo en su sitio. Veremos primero a que se refiere Dolto cuando habla de “esquema corporal”.

En la obra de Dolto, por momentos, el esquema corporal pareciera ser sinónimo de lo que podríamos llamar “cuerpo real”, o sea que parece referirse al cuerpo en su realidad física. Sin embargo en otros momentos se evidencia que no se refiere directamente al cuerpo, sino que correspondería más bien a la inscripción psíquica del mismo, la que puede ser tanto inconsciente, preconscious como consciente.

Ejemplificaré con citas esta aparente “contradicción”.

Primero, aquellas donde el esquema corporal parece confundirse con el cuerpo real:

“El esquema corporal es una realidad de hecho, en cierto modo es nuestro vivir carnal al contacto del mundo físico”. (Dolto F., 1984/1990 p.18)

-“En todos los casos que se acaban de comunicar, se trataba de niños sanos en cuanto a su esquema corporal (...). La herramienta, el cuerpo, o, mejor dicho, el mediador organizado entre el sujeto y el mundo, si cabe expresarse así, se hallaba potencialmente en buen estado, desprovisto de lesiones...” (Ibíd p.17)

-“ (...) un esquema corporal sano, integrado (el chico era robusto y físicamente sano)”.
(Ibíd p.17)

-“(...) el lugar, fuente de las pulsiones, es el esquema corporal” (Ibíd p. 34)

-“(...) la necesidad apunta a saturar una falta en tener (o hacer) del esquema corporal”
(Ibíd p. 33)

Luego, aquellas donde el esquema corporal aparece como inscripción psíquica:
-“el esquema corporal es abstracción de una vivencia del cuerpo en las tres dimensiones de la realidad, se estructura mediante el aprendizaje y la experiencia”
(Ibíd p. 22)

-“el esquema corporal es inconsciente, preconscious y consciente. El esquema corporal es evolutivo en el tiempo y en el espacio”. (Ibíd p. 22)

Considero que la aparente identificación del esquema corporal con el cuerpo (causante de la contradicción) se debe a lo extremadamente ligado que está el esquema corporal a la vivencia física. Es decir, si nuestra experiencia corresponde a la de un organismo sano, sin lesiones, la abstracción resultante de esta experiencia será la de un esquema corporal sano. Y un esquema corporal lesionado, insano, existirá sólo en la medida en que el organismo se encuentre lesionado físicamente. Como veremos luego, será la imagen del cuerpo la que podrá ser patógena en relación al organismo, tenga éste, o no, lesiones.

Y debemos recordar que, más allá de que el esquema corporal se encuentre vinculado a nuestro cuerpo, singular, único, no se encuentra vinculado a la historia del sujeto. En todo caso, se encuentra sólo vinculado a la historia de sujeto en cuanto ésta dé cuenta o no de lesiones físicas, orgánicas. Es por este motivo que Dolto dirá que todos los individuos de una edad determinada, o en un clima más o menos determinado, tienen el mismo esquema corporal. Esto significa que todos los individuos con un cuerpo sano (y similar) tendrán una experiencia física, un vivir carnal en el mundo, que resultará, que derivará, en el mismo esquema corporal.

El esquema corporal no es “estático”. No debemos confundir al esquema corporal con una representación del cuerpo. Es estructurado mediante el aprendizaje y la experiencia, y se encuentra en constante estructuración. Nos dice la autora *“el esquema corporal refiere el cuerpo actual en el espacio a la experiencia inmediata. (...) es evolutivo en el tiempo y en el espacio”.* (Ibíd p. 22)

La autora plantea que *“el esquema corporal identifica al individuo en cuanto representante de la especie”* (Ibíd p. 21). Por lo tanto podríamos considerar que el esquema corporal es la vivencia de nuestro cuerpo de manera “humana” y considerar que con esta afirmación se refiere a que el esquema corporal es un atributo exclusivamente humano.

Así entendido se asimila a lo que Lacan llamó “cuerpo”, y que diferenció de “organismo”.

“Lacan dijo también ‘el animal no tiene cuerpo’, el animal es un organismo. Debemos matizar que lo que nos permite decir ‘yo tengo un cuerpo’, tomar nuestro cuerpo como un atributo en lugar de tomarlo como nuestro ser mismo, es que como sujetos podemos prescindir de él, como sujetos del significante estamos separados del cuerpo. El sujeto es alguien del cual se habla antes de que pueda incluso hablar, el sujeto está efectivamente en la palabra antes de tener un cuerpo, sencillamente antes de nacer y permanece ahí aun después de no tener cuerpo, es decir después de la muerte: la duración del sujeto al estar sostenido por el significante excede pues a la temporalidad del cuerpo.” (Soler C., 1994 p. 30)

Luego de haber planteado a qué se refiere la autora al hablar de “esquema corporal”, es necesario ver a qué se refiere con “imagen inconsciente del cuerpo”, y qué relación tienen entre sí.

La imagen inconsciente del cuerpo

Lo primero que debemos saber sobre la imagen del cuerpo, es que ésta no es una “imagen” en el sentido tradicional del término. Sobre este punto comenzaré compartiendo la explicación que le diera Dolto a Juan David Nasio sobre el por qué de la elección del término “imagen”:

“Si reflexionamos a partir de qué hablamos habitualmente, podemos constatar que lo hacemos a partir de un mínimo de identidades adquiridas por todos. Ahora bien, en este caso esas identidades son constituyentes de la palabra imagen (image): la primera letra “I” del término “Identidad” (identité); el “ma” primera sílaba de la palabra “mamá” (maman) (...) Y finalmente el “gen” (ge), última sílaba de la palabra imagen (image), que significa la tierra, la base e incluso el cuerpo, y también el “yo” (je), pronombre personal de la primera persona singular. Entonces, I-ma-gen (i-ma-ge), es decir sustrato relacional al otro” (Dolto F. & Nasio D., 1987 p. 14)

Considero que esta definición otorgada por Dolto demuestra una intencionalidad en la elección del término imagen, sostenida por el juego de palabras que la autora detalla. Lo importante es comprender que la imagen inconsciente del cuerpo no es una imagen visual, escópica, y no es por lo tanto una mera representación del esquema corporal.

Es menester para referirse a la imagen inconsciente del cuerpo, mencionar en qué contexto teórico se encuentra:

Dolto discrepa con Lacan y Freud en la creencia de que el niño previo a la investidura narcisística, a la investidura libidinal del Yo, se encuentra en un estado de completa indiferenciación Yo-no Yo, donde vive su cuerpo de manera fragmentada y no cohesiva a merced de las pulsiones parciales.

Dolto considera que hay algo que desde la concepción le da al niño cierta continuidad y cohesión con relación a su cuerpo. Este algo es la presencia de “el sujeto inconsciente deseante en relación con el cuerpo”. Esto es el vivir “en deseansa”.

Las experiencias que vive el sujeto desde la concepción acarrearán un plus a la satisfacción de la necesidad (para el esquema corporal, para el cuerpo) que es el deseo (para el sujeto inconsciente deseante).

Dolto considera a la presencia del sujeto inconsciente deseante fundadora de lo que llamó “narcisismo fundamental u originario”. Este narcisismo refiere a la sensación de continuidad y cohesión mencionada previamente, que existe en el sujeto desde la concepción, por eso habló del narcisismo fundamental como “*la mismidad de ser*”, “*la continuidad de ser uno mismo*”.

Es en este contexto teórico que tiene lugar “la imagen inconsciente del cuerpo”. Afirma la autora “*Se la puede considerar como la encarnación simbólica inconsciente del sujeto deseante*” (Dolto F., 1984/1990 p. 21).

Como hemos visto el esquema corporal es, a grandes rasgos, el mismo para todos los sujetos. Pero la imagen inconsciente del cuerpo es propia de cada sujeto, tiene que ver con la historia emocional de cada individuo, “*es específica de una libido en situación, de un tipo de relación libidinal*” (Ibíd p. 21)

“La imagen del cuerpo es a cada momento memoria inconsciente de toda la vivencia relacional, y al mismo tiempo es actual, viva, se halla en situación dinámica, a la vez narcisística e interrelacional: camuflable o actualizable en la relación aquí y ahora, mediante cualquier expresión fundada en el lenguaje, dibujo, modelado, invención musical, plástica, como igualmente mímica y gestual” (Ibíd p. 21)

La imagen inconsciente del cuerpo, a diferencia del esquema corporal que es estructurado por el aprendizaje y la experiencia, es estructurada “*mediante la comunicación entre sujetos, y la huella día tras día tras día memorizada, del gozar frustrado coartado o prohibido (castración, en el sentido psicoanalítico, del deseo en la realidad).*” (Ibíd p. 22)

Es la “*síntesis viva de nuestras experiencias emocionales interhumanas*”, (Ibíd p. 21) es decir, experiencias en relación con el otro, fundadas y mediatizadas por el lenguaje, no sólo verbal, sino también mímico, gestual. Esa imagen es “*sustrato relacional del lenguaje*”. (Dolto F. & Nasio D., 1987 p. 16)

“*Sólo por la palabra deseos pretéritos han podido organizarse en imagen del cuerpo, solo por la palabra recuerdos pasados han podido afectar zonas del esquema corporal, convertidas por este hecho en zonas erógenas (...) si no ha habido palabras, la imagen del cuerpo no estructura el simbolismo del sujeto, sino que hace de éste un débil ideativo relacional*” (Dolto F., 1984/1990 p. 36)

Mientras que el esquema corporal refiere el cuerpo a la experiencia inmediata, la imagen del cuerpo refiere el sujeto de deseo a su gozar.

Y a diferencia del esquema corporal, la imagen inconsciente del cuerpo no es una realidad de hecho, sino que, debiéndose a aquellas experiencias fundadas y mediatizadas por el lenguaje, corresponde a una “intersubjetividad imaginaria” y, por tal motivo, pertenece a la dimensión simbólica del ser humano (por esta razón la autora considerará a las castraciones como “simbolígenas”)

Debido a la presencia del sujeto inconsciente deseante desde la concepción y a la presencia de un otro, que al vincularse con el niño mediatiza su experiencia a través del lenguaje (comenzando la estructuración de la imagen del cuerpo), la autora afirma que ninguna experiencia humana carece de dimensión simbólica, es decir, ninguna experiencia es simplemente orgánica.

Al igual que el esquema corporal, la imagen del cuerpo como inscripción psíquica, no llega a constituirse definitivamente, es decir, no llega a un estado de completud en el cual permanezca inmutable. Como ya fue mencionado, la imagen del cuerpo es “actualizable en la relación aquí y ahora”, e incluso puede ser objeto de regresiones.

El proceso de constitución de la imagen del cuerpo está estrechamente ligado, siendo esta la huella memorizada del gozar y del deseo, a las investiduras libidinales, a las zonas erógenas, y a las castraciones que las mismas deben sufrir a lo largo del desarrollo del sujeto. Afirmino que las castraciones “deben” ser sufridas por el sujeto, ya

que Dolto plantea a las castraciones como “pruebas”, que de ser superadas satisfactoriamente generan un efecto “humanizante” en el sujeto, castrando un goce, pero dando paso a un nuevo goce (sublimación) mayor al que le es negado, vinculado a su autonomía, al vínculo humano con quienes le rodean, al vivir en sociedad, entre otras cosas. En caso de fracasar en la superación de las castraciones, éstas pueden tener un efecto patógeno, constituyendo una imagen del cuerpo que obture la utilización adecuada del esquema corporal.

Lo ya mencionado es suficiente para comprender por qué la imagen del cuerpo no refiere a una imagen visual, sino que se encuentra vinculada a los distintos planos de lo sensible.

“En el niño, durante los tres (o cuatro) primeros años, ella se constituye en referencia a las experiencias olfativas, visuales, auditivas, táctiles, que poseen valor de comunicación a distancia, sin contacto de cuerpo a cuerpo, con los otros: la madre, primeramente, pero también las otras presencias del entorno. Cuando no hay nadie, cuando hay una experiencia sensorial nueva en ausencia del testigo humano, se trata, teóricamente, del esquema corporal solo. Pero en la práctica, esta experiencia sensorial está, para el propio sujeto, recubierta por el recuerdo de una relación simbólica ya conocida”. (Ibíd p. 34)

El esquema corporal, como hemos visto, es inconsciente, preconscious y consciente. La imagen del cuerpo es eminentemente inconsciente, y solo puede llegar a la consciencia mediante el lenguaje, mediante metáforas y metonimias.

Por este motivo Dolto se referirá a la imagen del cuerpo como un “Ello” relacional, como substrato simbólico que se encuentra del lado del deseo y no de la mera necesidad.

Plantea la autora *“la imagen del cuerpo es a cada instante la representación inmanente inconsciente donde se origina su deseo (...) si el lugar, fuente de las pulsiones, es el esquema corporal, el lugar de su representación es la imagen del cuerpo”* (Ibíd p. 30-33)

La imagen del cuerpo se encuentra presente con más intensidad en la infancia. Dolto asegura que en las representaciones alegóricas creadas por los niños (dibujos, modelados plásticos, etc.) en una situación clínica, la imagen del cuerpo funciona como mediadora de las tres instancias psíquicas (Ello, Yo, y Superyó), pudiendo así los niños en sus creaciones expresar sus fantasmas. En la clínica con niños, las representaciones alegóricas que estos crean poseen tanto valor como poseen los sueños en la clínica con adultos.

Luego la imagen del cuerpo se verá reprimida a causa del conocimiento de la imagen especular, la imagen de sí mismo en el espejo, momento a partir del cual la imagen inconsciente del cuerpo se presentará casi exclusivamente en el sueño.

Relación entre la imagen del cuerpo y el esquema corporal

Nos queda por ver cómo se relaciona el esquema corporal con la imagen del cuerpo. Considera la autora:

“Este esquema corporal será el intérprete activo o pasivo de la imagen del cuerpo, en el sentido de que permite la objetivación de una intersubjetividad, de una relación libidinal fundada en el lenguaje, relación con los otros y que, sin él, sin el soporte que él representa, sería, para siempre, un fantasma no comunicable” (Ibíd p. 21)

La utilización funcional y adaptada del esquema corporal dependerá de que éste esté entrecruzado con una imagen del cuerpo no patógena. Es decir, si la libido se ha enlazado a una imagen del cuerpo inapropiada, arcaica o incestuosa, debido a la falta de castraciones (sublimaciones) o a la regresión, la utilización adecuada del esquema corporal se encontrará impedida.

Siendo que es la imagen del cuerpo la que permite entrar en comunicación con el otro, plantea la autora que: *“el vivir con un esquema corporal sin imagen del cuerpo sea un vivir mudo, solitario, silencioso, narcisísticamente insensible, rayado con el desamparo humano (...) donde no puede manifestarse más que un ser-animal, un ser-vegetal, o un ser-cosa, respirante y pulsátil, sin placer ni sufrimiento”*. (Ibíd p. 36)

Modalidades de la imagen inconsciente del cuerpo

Dolto comenta que al estudiar cómo se construye y se modifica la imagen del cuerpo a lo largo del desarrollo del niño, pudo diferenciar tres modalidades de una misma imagen del cuerpo. Es fundamental comprender que, aunque estas tres modalidades refieren a aspectos realmente distintos y, aunque hayan sido nombradas por la autora también con el término “imagen”, la imagen inconsciente del cuerpo no deja de ser una sola.

Estas tres modalidades son: la imagen de base, la imagen funcional y la imagen erógena. Estas tres imágenes son cohesivas, ya que se encuentran ligadas por la imagen dinámica, siendo ésta descrita por Dolto como “metáfora subjetiva de las pulsiones de vida”.

La imagen de base es el primer componente de la imagen del cuerpo, y como expresa la autora *“permite al niño experimentarse en una “mismidad de ser”* (Ibíd p.

46). Es por lo tanto una imagen referida a, o constitutiva de, el narcisismo primordial (fundamental, u originario).

La imagen de base va de la mano del desarrollo del sujeto, y se pueden distinguir en ella diferentes momentos. Sobre este punto dice Dolto *“si bien el narcisismo es continuidad, ello no impide que tenga una historia y no por ello es menos susceptible de modificaciones, lo cual obliga a distinguir en él diferentes momentos”* (Ibíd p. 43)

Las modificaciones de la imagen de base se encuentran ligadas a la zona erógena predominante para el sujeto en los distintos momentos de su vida, por lo que Dolto hablará de:

-En el recién nacido, una imagen de base respiratorio-olfativo-auditiva, que comprende el cavum y el tórax.

-Luego, una imagen de base oral. Comprende a la imagen precedente, a la que se agrega la zona bucal, faringo-laríngea, lo que produce la asociación de la imagen del vientre con la del cavum y el tórax con la representación de lo lleno o de lo vacío del estómago.

-La tercera es la imagen de base anal. Añade el funcionamiento de retención o de expulsión de la parte inferior del tubo digestivo, la pelvis, y la representación táctil de las heces y el perineo.

Luego de la imagen de base, tenemos a la imagen funcional como segunda componente de la imagen del cuerpo.

“Mientras que la imagen de base tiene una dimensión estática, la imagen funcional es imagen estética de un sujeto que tiende al cumplimiento de su deseo” (Ibíd p. 47)

La imagen funcional es el soporte con el que cuentan las pulsiones de vida para alcanzar el placer en relación con el mundo y con el otro.

La autora plantea que la elaboración de la imagen funcional permite un enriquecimiento de las posibilidades relacionales con el otro. Es decir, al igual que la imagen inconsciente del cuerpo, que no corresponde meramente al plano de la necesidad, sino que se encuentra en el plano del deseo, también así se encuentra la imagen funcional. Dolto elabora un ejemplo que deja en claro este punto: la imagen funcional anal de un niño se encuentra relacionada con la necesidad defecatoria, y es por lo tanto una imagen de emisión expulsiva y puede desplazarse a la expulsión de aire pulmonar con la consecuente emisión de sonidos, permitiendo la sublimación de la analidad por el decir palabras y la modulación de la voz cantada.

El último componente de la imagen del cuerpo es la imagen erógena. Ésta refiere al lugar corporal *“donde se focalizan placer o displacer erótico en la relación con el otro”*. (Ibíd p. 49) Sostiene la autora que, para el sujeto, la imagen erógena está

representada por círculos, óvalos, concavidades, bolas, palpos, rayas y agujeros que el sujeto imagina como poseedores de una intención de emisión o recepción de sensaciones agradables o desagradables.

Las tres modalidades de la imagen inconsciente del cuerpo, la imagen de base, la imagen funcional y la imagen erógena, se encuentran enlazadas entre sí por la imagen dinámica.

La imagen dinámica refiere al deseo, y no tiene representación que le sea propia, esto se debe a que en ella se actualizan las pulsiones de vida, y por lo tanto corresponden a ella las representaciones de las mismas. Así entendida, Dolto la define de la siguiente manera: *“la imagen dinámica expresa en cada uno de nosotros el Siendo, llamando al Advenir: el sujeto con derecho a desear, “en deseancia” diría yo de buen grado”* (Ibíd p. 50)

La importancia de identificar estas tres modalidades se debe a que permite *“describir el modo en que estas tres componentes de la imagen del cuerpo se metabolizan, se transforman y se reorganizan, habida cuenta de las pruebas que el sujeto afronta y de las limitaciones que encuentra, en particular bajo la forma de las castraciones simbólicas”*. (Ibíd p. 49)

Las castraciones simbólicas

Ha sido mencionado brevemente el rol protagónico de las castraciones en la constitución y evolución de la imagen del cuerpo, me detendré en este asunto.

Las castraciones son simbólicas ya que no refieren a la mutilación real de una zona erógena del cuerpo, ni a la introducción de una imposibilidad real para alcanzar el placer deseado, si no que refieren a una prohibición a nivel del lenguaje, refieren a la introducción de la Ley. Sentencia Dolto: *“Sólo el lenguaje permite lo que ya no es un «adiestramiento»; término que debería ser desterrado cuando se trata de un ser humano, cuyo aprendizaje, desde las primeras horas de su «crianza», es ya educación”* (Ibíd p. 61). Recordemos que cuando Dolto se refiere al lenguaje, éste puede ser tanto verbal como gestual o mímico.

El producto de las castraciones es simbólico (simbolización de las pulsiones), así sean éstas superadas con éxito, o así el sujeto fracase en la superación de las mismas. En el primer caso será mediante el proceso de simbolización que el sujeto podrá alcanzar la satisfacción mediante sublimaciones, pudiendo prescindir del objeto de deseo castrado. En el segundo caso, aunque el sujeto no logre una sublimación del deseo acorde a la Ley, el producto no deja de ser una simbolización, por ejemplo, en una perversión masoquista.

Para comprender el rol de las castraciones es necesario aclarar, quizás, que sólo deben ser consideradas como castraciones necesarias y humanizantes aquellas prohibiciones que posibilitan el acceso del sujeto a la autonomía, a la vida en sociedad, al lenguaje, a la comunicación, a una vida sexual no perversa, etc. Es decir, aquellas que motivando una sublimación permiten el acceso a un placer mayor y a un placer compartido. Así entendidas podríamos acordar que el agente castrador se encuentra motivado por el amor hacia el niño y lo castra procurando beneficiarlo. Aquellas prohibiciones que tienen como fin someter al sujeto, aunque podemos nombrarlas también como castraciones, no comparten las características mencionadas.

Al respecto expresa la autora: *“La Ley de que se trata no es únicamente una Ley represiva. Se trata de una Ley que, aunque parezca momentáneamente represiva del actuar, es en realidad una Ley que promociona al sujeto para su actuación en la comunidad de los seres humanos. Nunca puede ser la Ley de un adulto determinado que la profiere en su provecho en contra del niño. Es la Ley a la que este adulto está sometido, él tanto como el niño”.* (Ibíd p. 66)

Insiste Dolto, al centrarse en la problemática de las castraciones, en las características que debe tener el adulto encargado de dar la castración para propiciar el éxito de las mismas. El adulto debe mostrar al niño mediante sus acciones que él está sometido a la misma Ley que pretende someter al niño. Por lo tanto no podrá ser un agente castrador efectivo un adulto que no haya superado de manera exitosa sus propias castraciones.

Al mismo tiempo que da la castración, debe sentir respeto y amor por el niño, permitiendo así al niño comprender la intención promocionante y no simplemente represiva de las castraciones. Podríamos decir que, en las castraciones, no puede aplicarse la fórmula popular de “haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago”.

El niño debe poder ver en el adulto castrador un ejemplo de éxito humano, que pudo satisfacer sus deseos mediante la sublimación, es decir, debe poder cumplir para el niño de cierta manera la figura de “Yo ideal”. Si el adulto encontró el camino a la satisfacción de su deseo castrado, pensará el niño *“¿por qué razón él mismo, escuchándolo, prestándole confianza (y no sumisión) no habría de hallarlo?”* (Ibíd p. 72)

Las castraciones identificadas por Dolto son las siguientes:

- La castración umbilical (la cual corresponde al nacimiento, donde se funda por ejemplo, la imagen respiratoria, que es la imagen de base del cuerpo más profunda.)
- La castración oral (corresponde al destete y a la prohibición de ingerir aquellas cosas que no son alimento)

- La castración anal (ruptura del cuerpo a cuerpo tutelar con la madre)
- El espejo (entendido también como una prueba)
- La castración primaria o no genital edípica (reconocimiento de la diferencia entre los sexos)
- La castración genital edípica (prohibición del incesto)

Veamos ahora, a modo de ejemplo, cuál es el “fruto” de dos de las castraciones fundamentales para el desarrollo:

- La castración oral, es decir, la privación del cuerpo a cuerpo nutricio con la madre, que podríamos también llamar “destete”, motivará la sublimación necesaria para el acceso al lenguaje. Lenguaje que no sólo es compartido con la madre, sino que es comprendido por todos aquellos sujetos cercanos al niño, posibilitándole así nuevos vínculos y una disminución de la dependencia con la madre.

La castración oral permitirá también el desplazamiento de las pulsiones orales a los miembros superiores:

“En el estadio oral el niño desplaza la oralidad a todas partes y precisamente, son las manos las que, como una boca, saben agarrar, soltar y hablar” (Dolto F. & Nasio D., 1987 p. 25)

- La castración anal, que implica en la motricidad el desplazamiento pulsional de la primer actividad motriz placentera, que es la defecación, al placer por la actividad motriz vinculada al desplazamiento en el espacio, sublimación que posibilita una mayor autonomía y un progresivo descubrimiento del mundo circundante.

Implica también la ruptura del vínculo tutelar cuerpo a cuerpo con la madre, es decir, el cese de aquellas actividades de manipulación dirigidas al cuidado del niño, que acarrear un plus de satisfacción. Esta ruptura implica abandonar esos placeres pero posibilita al niño la autonomía necesaria para involucrarse en nuevas situaciones, en nuevos aprendizajes, en nuevos vínculos, etc.

Considera Dolto que la introducción en el actuar o hacer de varón o niña en sociedad que posibilita la castración anal, involucra el desarrollo de una ética humana. El niño debe controlar aquellas acciones que pueden dañarlo a él y/o a otros, para lo cual debe poder colocarse en el lugar del otro. Sintetiza Dolto ésta ética en la siguiente idea: “no hacerle a otro lo que no querría que él me hiciese a mí”. Y esta ética introduce, casi inevitablemente, la venganza.

Francoise Dolto y “El estadio del espejo”.

Francoise Dolto incluye en su libro, junto a las castraciones, un apartado bajo el nombre de “El espejo”. Allí la autora comparte su opinión acerca de “El estadio del

espejo” planteado originalmente por Jacques Lacan y lo introduce en su teoría, apropiándose del mismo mediante la realización de varias modificaciones conceptuales.

La primera diferencia es que para Dolto la experiencia del espejo no constituye un “estadio”. Ella se referirá a esta experiencia como una *“asunción del sujeto en su narcisismo”*. Es una prueba que el sujeto deberá enfrentar, la que le permitirá el acceso al narcisismo primario, y luego a la castración genital no edípica (reconocimiento de la diferencia entre los sexos), castración que introducirá al narcisismo secundario.

Por considerar a la experiencia del espejo como una prueba en la constitución de la imagen del cuerpo se debe su inclusión entre las demás castraciones.

Afirma la autora: *“este es el momento de la aparición clínica de la identificación primaria: origen del narcisismo primario, el cual sucede al narcisismo primordial que llamo también fundamental”*. (Dolto F., 1984/1990 p. 126)

Los tres tipos de narcisismo en la teoría de Dolto se organizan como si fueran las capas de una cebolla. Ésa es la metáfora utilizada por la autora para explicar cómo, desde su perspectiva, el pasaje de una etapa a la otra, implica el recubrimiento de la etapa precedente por la nueva. Por ejemplo, el narcisismo primario recubre, incluye, al narcisismo primordial (fundamental u originario).

Otra gran diferencia entre Lacan y Dolto es la siguiente: en Lacan el espejo refiere a la superficie plana, visualmente reflexiva, pertenece a la dimensión escópica..

Dolto insiste en la importancia que tiene el aspecto relacional y simbólico de estas experiencias, donde lo fundamental es el “espejo de su ser en el otro”.

El espejo es un objeto de reflexión también de lo audible, de lo sensible y de lo intencional, y no sólo de lo visible como en la teoría lacaniana.

Juan David Nasio dice a Dolto: *“(..) tu particular concepción del espejo en tanto superficie omnirreflexiva de toda forma sensible”*. (Dolto F. & Nasio D., 1987 p. 48)

La importancia de la presencia del otro en esta castración, lleva a que Dolto afirme:

“la imagen escópica cobra sentido de experiencia viva tan solo por la presencia, al lado del niño, de una persona con la cual su imagen del cuerpo y su esquema corporal se reconocen, al mismo tiempo que él reconoce a esta persona en la superficie plana de la imagen escópica”. (Dolto F., 1984/1990 p. 122)

Inclusive, para la autora, la ausencia del otro, que es capaz de mediatizar a través del lenguaje esta experiencia, puede hacer de la misma una experiencia des-simbolígena, al no poder el niño reconocer su cuerpo en la imagen reflejada.

La tercera diferencia corresponde a que: en la teoría de la Lacan, la imagen escópica se presenta al niño como la cohesión y maduración de su cuerpo, anticipada a nivel imaginario, frente a la realidad presente de su cuerpo fragmentado.

Para Dolto, como hemos visto, el niño se siente cohesivo previo al estadio del espejo, gracias al narcisismo fundamental. Por lo tanto en su teoría la oposición será entre la imagen escópica y la imagen inconsciente del cuerpo, y no entre la imagen escópica y el cuerpo real como en la teoría de Lacan.

Mientras que en la teoría lacaniana el estadio del espejo marca el comienzo de la individuación del Yo, en la teoría de Dolto confirma la individuación que había comenzado ya desde el narcisismo fundamental. Confirmación que lleva al narcisismo primario.

Esta experiencia coloca al niño *“bruscamente ante una plusvalía de las pulsiones escópicas”*. (Ibíd p.121) Esta plusvalía es la que confirma la individuación en lo referente al cuerpo en su realidad táctil, visible, dentro de los límites de la piel.

La última diferencia es que, mientras que Lacan identifica al momento en que el niño se reconoce en el espejo como un momento de júbilo, Dolto considera que el niño atraviesa una prueba dolorosa.

Dolto adjudica el júbilo al momento en el cual el niño reconoce a la imagen como si fuera “un bebé”, pero al reconocer que es su propia imagen comienza la castración.

El niño encuentra una distancia entre su ser y la imagen reflejada por el espejo, imagen fría, plana, y que muestra una sola cara de su cuerpo. Esta es la oposición mencionada entre la imagen del cuerpo y la imagen escópica.

Esta prueba dolorosa solo será superada gracias a la presencia de un adulto junto al niño, que permitirá la simbolización de la experiencia mediante el lenguaje.

La plusvalía de las pulsiones escópicas continuará luego de superada la castración, por lo que, luego del acceso al narcisismo primario, *“el parecer se pone a valer, y a veces a prevalecer sobre lo sentido del ser”*. (Ibíd p. 127)

Por este motivo para Dolto esta castración implica una herida irremediable: *“Esta herida irremediable de la experiencia del espejo puede llamarse el agujero simbólico del que deriva, para todos nosotros, la inadaptación de la imagen del cuerpo al esquema corporal”*. (Ibíd p. 122)

Es por ello que la autora considera a la imagen escópica como represora de la imagen del cuerpo. Razón por la cual, luego de la experiencia del espejo, la imagen del cuerpo es primordialmente inconsciente y se presenta casi exclusivamente en los sueños.

La autora brinda dos ejemplos claros de esta represión:

El primero es el caso de un bebé que puede diferenciar con facilidad a dos hermanos gemelos mayores que él, mientras esto implica una dificultad para sus padres. El bebé es aún más sensible a la imagen del cuerpo que a la imagen escópica. (Dolto F. & Nasio D., 1987 p. 62)

El segundo ejemplo es el hecho de que para subir una escalera a oscuras tomemos ciertas precauciones cuando, sin embargo, si pudiéramos valer nos de nuestra imagen inconsciente del cuerpo, como el recién nacido, podríamos realizar esta tarea con naturalidad sin encontrarnos limitados por la supremacía de la dimensión escópica.

Ilustración de la teoría de Françoise Dolto mediante un caso clínico

Para finalizar esta exposición me gustaría ilustrar la teoría de Françoise Dolto en relación a la imagen inconsciente del cuerpo con un caso clínico compartido por Sami-Ali en su libro "Cuerpo real, cuerpo imaginario".

De esta manera podremos no sólo ilustrar la teoría de Dolto, sino también ver en la interpretación propuesta por Sami-Ali, otra perspectiva posible para pensar el cuerpo y sus problemáticas desde el Psicoanálisis.

El caso es el siguiente:

Isabel es una niña de 8 años, que aún confunde la derecha con la izquierda.

Tiene una tendencia a mostrarse ambidiestra, pero descubre Sami Ali que es en realidad una zurda que teme mostrarse como tal debido a las exigencias maternas. Tanto su madre como su abuela, desde que ella tenía cuatro años y notaron que escribía con su mano izquierda, le exigieron que lo hiciera con la derecha. Por este motivo Isabel es zurda en la escuela, pero diestra en su casa.

Nos cuenta el autor que por lo general, incluso cuando se sirve preferentemente de la mano izquierda, le llama derecha y lo inverso ocurre con la otra mano.

Comenta Ali que, podríamos ver esto como un engaño inconsciente con el propósito de lograr burlar la prohibición maternal pero, al conocer un poco más las problemáticas de Isabel se hace notar que *"se trata menos de una inhibición que de un estado incompleto del marco de referencia"*.

Le cuesta a Isabel reconocer la izquierda y la derecha en el propio cuerpo, al punto tal de que le es necesario imaginarse el lugar que ocupa cuando está sentada en el comedor de su casa, junto a la madre y frente a la televisión. Y le resulta

imposible reconocer la izquierda y la derecha en los demás, considerando incluso que la lateralidad de quienes la rodean se invierte si ella invierte su posición. Opina el autor: *“En los dos casos la lateralidad es función del campo visual inmediato polarizado por la figura materna; esa lateralidad expresa la dificultad de poseer un cuerpo que pertenece sólo a sí mismo”* (Sami-Ali M., 1977/1979 p. 86)

Agrega luego:

“no advierte en el primer momento que la derecha y la izquierda se invierten en la otra persona, como si la lateralidad del propio cuerpo se prolongara indefinidamente en el espacio sin encontrar ningún límite. (...) Una identificación que relativiza la relación espacial en el otro suplanta así al proceso de proyección que originalmente mediatiza esa misma relación. Paradójicamente, la inversión de la lateralidad en los que están frente a nosotros es función de la no inversión de la lateralidad en el propio cuerpo, cualquiera que sea la posición que éste tenga en el espacio”. (Ibíd p. 88)

Luego de que Sami Ali hace consciente a la niña del temor a mostrarse zurda frente a la exigencia materna, y luego de que consigue la colaboración de la madre en este punto, Isabel deja de tener problemas para reconocer tanto la lateralidad de su propio cuerpo, como del cuerpo de los demás. Su cuerpo logra convertirse así *“en lo que es desde siempre: lo absoluto de la relatividad espacial”* (Ibíd p. 88)

A la información dada, agrega Sami Ali los dibujos creados por la niña en la primera sesión, a mitad del proceso y en la última sesión. En su primer dibujo aparece una casa con la chimenea a la derecha, y es un dibujo con un trazo débil, sin seres vivos ni elementos que evoquen alegría. Luego de que Isabel se resuelve abiertamente zurda, dibuja una segunda casa con la chimenea a la izquierda, una niña en la ventana y agrega un árbol y una flor a la izquierda de la casa. La última casa dibujada es aún más alegre, con una niña y pájaros a la izquierda de la misma. Sami Ali interpreta estos dibujos como producto de la progresiva libertad para expresar el dominio de la lateralidad izquierda de su cuerpo.

Si interpretamos este caso desde la teoría de la imagen inconsciente del cuerpo, podemos verlo como una problemática generada frente a la castración oral. Recordemos que para Dolto *“en el estadio oral el niño desplaza la oralidad a todas partes y precisamente, son las manos las que, como una boca, saben agarrar, soltar y hablar”.* (Dolto F. & Nasio D., 1987 p. 25)

Agrega (y me permito citar *in extenso*):

“La mano, por ejemplo, que primeramente es zona erógena prensiva oral, y luego expulsante anal, tiene que integrarse en una imagen funcional braquial, proporcionando al niño la libertad esqueletomuscular que le permite alcanzar sus fines, y posibilitando la satisfacción de sus necesidades y la expresión de sus deseos a

través del juego. A la inversa, cuando la imagen funcional es total o parcialmente denegada, por ejemplo si se produce una intervención físicamente represiva o verbalmente castradora que se opone al actuar del niño, éste puede elegir como desenlace un funcionamiento de repliegue, para que la zona erógena no entre en contacto con el objeto prohibido, objeto peligroso, ni su deseo en conflicto con el deseo del adulto tutelar” (Dolto F., 1984/1990 p. 48)

En este caso se presenta la “intervención verbalmente castradora” identificada por la autora. La madre y la abuela de Isabel, al obligarla a escribir con su mano derecha, impidieron la utilización funcional adecuada de su esquema corporal. Podemos considerar que se confirma la mediación del lenguaje en la constitución de la imagen del cuerpo.

En el caso de Isabel no se da “como desenlace un funcionamiento de repliegue”, como sí se da en un caso citado por Dolto en su libro: el de una niña que, debido a una historia que no es necesario comentar, no puede utilizar sus manos. Sólo logra hacerlo luego de que Dolto, como analista de la niña le dice, “toma con tu boca de mano”. Dice Dolto “*yo le devolví la posibilidad de una imagen funcional oral-anal.*” (Ibíd p. 48)

En ese caso se manifiesta, como identifica Juan David Nasio, la presencia de la palabra del analista como objeto transicional.

La niña debido a la regresión a la imagen del cuerpo oral no podía utilizar sus manos, las cuales habían sido investidas por las pulsiones de muerte. Es necesario aclarar que para Dolto las pulsiones de muerte no representan el deseo de morir ni son agresivas. Las pulsiones de muerte carecen de representación y no son, a diferencia de las pulsiones de vida, ni activas ni pasivas. Las pulsiones de muerte tienden al reposo del sujeto, al descanso, son aquellas que predominan en el sueño profundo y el coma.

Las palabras de la analista permitieron el desplazamiento hacia sus manos de las pulsiones orales, manos que, al ser investidas por las pulsiones de vida, recuperaron su utilización funcional. Es por ese motivo que Nasio identifica a la palabra del analista como objeto transicional. Incluso, acerca de los objetos transicionales, sostiene Dolto: “*los niños que tienen bastantes palabras de amor y de libertades lúdicas motrices, no necesitan objetos transicionales*” (Ibíd p. 54)

En Isabel, el desenlace fue el de una utilización funcional limitada, debido a la constitución de una imagen del cuerpo patógena en el reconocimiento de la lateralidad en su cuerpo y en el cuerpo de quienes la rodeaban.

Es interesante el hecho de que la niña fuera diestra frente a su madre y zurda en su ausencia. Considero que es similar a otro caso mencionado por Dolto en el cual

una niña muy pequeña dejaba ver en sus dibujos, en ausencia de la madre, una imagen inconsciente del cuerpo representada por una flor viva y colorida. Y, sin embargo, frente a la presencia de su madre era representada mediante el dibujo de una flor marchita.

Entiendo que estos son dos claros ejemplos de la actualización permanente de la imagen del cuerpo frente a las distintas relaciones.

Es interesante que Sami Ali vinculara los dibujos de la niña con la represión de la lateralidad. Cree que al asumir la destreza de su parte izquierda, esa misma parte de los dibujos adquiere relevancia.

Podemos considerar que se encuentra representada en los dibujos su imagen inconsciente del cuerpo. Nos recuerda que para Dolto las representaciones alegóricas de los niños (grafismos y composiciones plásticas) tienen un valor clínico similar al que poseen los sueños en la clínica con adultos.

Conclusión

A modo de conclusión, creo que lo expuesto en este trabajo señala cómo la noción de lo que denominamos “cuerpo” y lo que denominamos “mente”, y nuestra consideración de la relación entre ambos, es aún una noción a construir.

Las elaboraciones teóricas expuestas son sólo algunas de las posibles a tener en cuenta, pero deben incluirse otras, comprendiendo que no necesariamente las diversas referencias teóricas se anulan unas a otras. Por ese mismo motivo, manifestaba al comienzo de esta exposición que, como bien sabemos, no existe “un psicoanálisis”, por lo que no podemos contar con una síntesis teórica en relación a la problemática tratada, sin embargo, sí podemos realizar una práctica clínica íntegra, contemplando las diversas teorizaciones,.

Referencias bibliográficas:

- Alaunier P, Hornstein L, & otros. (1991) *Cuerpo, historia, interpretación*. Buenos Aires: Ed. Paidós

- Assoun, P.L: (1994) *Introducción a la metapsicología freudiana*. Buenos Aires: Paidós.
(1997). *Cuerpo y Síntoma*. Buenos Aires Ed. Nueva Visión:

- Delucca N, Petriz G, (1993) *Cuerpo y devenir: recorrido de su significación, en Cuerpo y acto, obra colectiva*, Buenos Aires: JVE psique Ed.,

- Dolto, F, (1984/1990) *La imagen inconsciente del cuerpo*. Buenos Aires. Ed. Paidós

- Dolto, F. (1985). *En el juego del deseo*. 2ª. Ed. México: Ed. Siglo XXI.

- Dolto F y Nasio D (1987) *El niño del espejo*. Buenos Aires: Ed. Gedisa.

- Freud, S: (1882-99) *Fragmentos de las correspondencias con Fliess*. En *Obras completas*, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu editores.
(1983/2000) *Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de la parálisis motrices orgánicas e histérica*. En *Obras completas*, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu editores
(1905/2000) *Tres ensayos de teoría sexual*. En *Obras completas*, Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu editores.
(1911/2007) *Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber)*. En *Obras completas*, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu editores
(1914/1984) *Introducción del narcisismo*. En *Obras Completas*, Tomo XIV Buenos Aires: Amorrortu editores.
(1915/2000) *Pulsiones y destinos de pulsión*. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu editores

- Lacan J (1938/1978) *La familia*. Buenos Aires. Ed. Argonauta.
(1949/2002) *El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. en *Escritos I*. Buenos Aires. Ed. Siglo XXI.

- Laplanche, Jean y Jean-Bertrand Pontalis (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. España: Ed. Paidós.

- Michel H. Ledoux. (1992) *Introducción a Françoise Dolto*. Buenos Aires.: Ed. Amorrortu

- Nasio, J. D. (1988/1990) *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del Psicoanálisis*. Bs.As: Ed. Gedisa.
- . (1996). *Los gritos del cuerpo. Psicósomática*. Buenos Aires: Paidós.
- (1996) *Introducción a la obra de Grandes Psicoanalistas: Winnicott, Dolto, Lacan*. Serie Freudiana Vol. 2. Buenos Aires: Ed. Gedisa
- (2008) *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires: Ed. Paidós.

- Rimbaud, A. (1871) *Cartas del vidente. Carta a Georges Izambar, y carta a Paul Demeny*. Versión digital. <http://www.lamaquinadeltiempo.com/Rimbaud/cartasvid.htm>

- Roudinesco, E.; Plon, M. (1998) *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Paidós.

- Sami-Ali, M. (1991) *Pensar lo somático. El imaginario y la patología*. Buenos Aires: Ed. Paidós

- Sami-Ali, M. (1977/1979), *Cuerpo Real, Cuerpo Imaginario. Para una epistemología psicoanalítica*. Buenos Aires: Ed. Paidós.

- Schilder, Paul. (1989). *Imagen y apariencia del cuerpo humano*. México: Ed. Paidós.

- Soler C. (1994) *El cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan* en Gorali, Vera comp. *Estudios de Psicósomática*. 2da. Ed. Buenos Aires: Consejo Editorial.